

LA PEQUEÑA HISTORIA

Punta del Este era el único sitio donde poder neutralizar el "populismo" de los delegados cubanos, en especial del pistolero, gangster, que la noche-batía, el comandante Guevara. Fuertes dosis de snobismo autóctono y una pitucada bien adoctrinada por los diarios grandes, habrían de formar el público que gritara "asesino", "sucio", "maleducado", que se regocijara al verlo comer con las manos —es lo que anunciaba una señora en el Country— y otras delicadezas que estos refinados criollos le atribuían al héroe cubano.

Al Country llegó tarde, cuando los comenales estaban a los postres. Un antiguo jovencuelo, que a sus muchos funcionamientos agrega el de autoridad del Country, se levantó diciendo por lo bajo: "Vamos a divertirnos, van a ver", y con la untuosidad del caso le ofreció su asiento. Quedó él entre las esposas de los embajadores de Estados Unidos y Paraguay y enfrente de Woodward. Como en un salón dieciochesco, el Che ignoró la insoledad y conversó de temas varios. Al mismo tiempo se habían colado en el salón del banquete un conjunto de jovencitos cuyos nombres no vienen al caso por pertenecer todos a las conspicuas familias del catolicismo, quienes habían traído al país a Conte Agüero y lo habían desfilado en la sala. (Estos jóvenes son los que se dedican a la política LOA, ALERTA, MEDL, etc. con el mismo fervor que al rummy canasta). Con la complicidad de los periodistas y del exhibicionista cubano ya conocido por el público de Mas-tevideo, lograron que éste se apostara detrás del Che Guevara para ser fotografiados juntos. El Che Guevara no descendió en ningún momento del salón dieciochesco y eso fue todo.

En el salón del CIES, Guevara habló dos horas y media, en un silencio general. Dijo en algún momento que "con conciencia limpia" proclamaba a la cara de América la ejecución de los criminales de guerra cubanos, y con una larga pausa, esperó respuesta: nadie contestó. Al terminar, un contrarrevolucionario, colocado en la primera línea de los abarrotados bancos de la prensa, le gritó "vendido a Rusia", y fue secundado por tres —quizás cuatro— gritos de "Cuba libre". El discurso había sido ovacionado, y a esos gritos contestaron cuatro —quizás cinco— de "Viva Cuba". El Che Guevara se había sentado y tranquilamente parecía conversar con sus compañeros, mientras un miembro de la delegación desplegaba una bandera cubana que le había sido ofrecida. Eso fue todo.